

**CUENTO N° 50**

**TITULO: LA MANO DEL DESIERTO**

**SEUDONIMO: ETTORE**

**AUTOR: HÉCTOR ELIAZAR VÁSQUEZ MORALES**

Según el autor de la Mano, ubicada en el Desierto de Atacama, Mario Irarrázaval, cada visitante, puede darle su propia interpretación del significado de esta escultura.

Algunos dicen que es la ciudad despidiéndose del viajero. Según otros, representa a las víctimas de la injusticia y la tortura durante la dictadura militar de 1973-1990 o, tal vez, un homenaje a las víctimas del aluvión de 1991.

Ahora conocerán la mía...

Se dice que cuando las grandes montañas del norte de Chile eran suaves lomas y sus faldas, bañadas por las salinas aguas del mar, los Antofa, un pueblo dedicado a mantener buenas relaciones con la Pachamama –la Madre Tierra- de la cual recibían los frutos de la tierra que los mantenía felizmente unidos.

Mujeres y hombres trabajaban juntos labrando la tierra, recolectando los frutos marinos y elaborando utensilios para su uso diario con la roja arcilla de sus quebradas. En esos cuencos, producto de sus manos, preparaban sus comidas mezclando los productos del mar con los de la tierra.

Los animales que compartían su vida con la tribu les permitían el transporte y entregaban su lana para fabricar sus vistosas vestimentas.

También los niños y niñas, después de sus juegos, eran preparados para participar en todas las labores de sus padres y los más ancianos eran cuidados y respetados ya que ellos, con su sabiduría lograda por sus largos años de vida, les entregaban el conocimiento y experiencia necesarios para ser felices contentos de compartir la vida con sus familiares y amigos.

Los Antofa rendían culto a sus dioses durante las noches de luna llena, porque de esa manera, eran mejor aceptadas sus peticiones que siempre estaban relacionadas con mantener su forma de vivir, pues no deseaban más que ver a su pueblo viviendo en paz y alegría. Para ellos no existían los demonios ni temían a la muerte pues sus pensamientos eran guiados por una vida sin ambiciones de poder ni de riquezas, por lo que no conocían las pesadillas y sólo sueños hermosos les acompañaban mientras dormían después de observar las estrellas, antes de cerrar sus ojos, ya que sus rucas no tenían techo durante la época sin lluvias y, cada mañana, al nacer el nuevo día, veían asomar a Inti - el Dios Sol - entregando su luz y energía vitales.

Un gran río les entregaba el agua para beber y bañaban su cuerpo en pequeñas lagunas que dejaba a su paso acuoso. Inmensos bosques le proporcionaban sombra, leña para su cocina y madera que era transformada en herramientas agrícolas.

Todo era felicidad en la vida de los Antofa.

Pero un día...todo aquello cambió... y los Antofa conocieron la maldad.

Ese aciago día, un afuerino llegó a estas tierras y al observar tal docilidad entre estas gentes acostumbradas a la felicidad de vivir en familiar amistad, decidió ser el rey del lugar imponiendo la fuerza de la sinrazón.

Utilizando a algunos jóvenes interesados en la aventura a quienes dotó de algunas armas nunca vistas por los Antofa, pues, antes de ese momento, jamás las necesitaron. Con este ejército tomó al resto de la población como sus esclavos y les obligaron a construir un enorme palacio lleno de lujos para que estuviera acorde a su poder y mal tomada realeza.

Los ancianos fueron obligados a reconocerlo como el verdadero dios y realizar pomposas ceremonias rituales en su honor que culminaban escogiendo, ante la desesperación de los aterrorizados padres, a las mujeres más jóvenes y hermosas para que le sirvieran como amantes.

Muchas de ellas fueron sacrificadas, retirando de su vientre el producto de la lascivia del mal llamado soberano, puesto que él, como “dios supremo”, no podía tener descendencia que, en algún momento, pudiera eclipsarle en su poderío o quitar su corona.

Unos pocos Antofa, desesperados por la situación, se reunieron en una noche de luna llena y, con cánticos y rogativas, clamaron a sus verdaderos dioses que, con su inmenso poder, terminaran con las atrocidades del falso rey divino.

Y un día... los dioses escucharon y... actuaron

Fue en una tranquila noche de plenilunio, que se hizo sentir un gran y pavoroso ruido subterráneo que unido al de las grandes olas oceánicas que se alzaron sobre la costa y al viento huracanado que arrancaron los árboles como si fueran frágiles hierbas. Al oír estos tétricos sonidos, los Antofa y a sus tiranuelos despertaron y, asustados, observaron como las lomas comenzaron a agrandarse hasta formar una cadena de inmensas montañas cubiertas de nubes y hielo.

Junto con esta escena caótica, el mar comenzó a separarse de este cordón montañoso hasta desaparecer de la vista de los lugareños.

El río casi se secó y los bosques desaparecieron. Inti con su tremendo poder calórico sólo dejó arena infértil cubriendo el pueblo de los gigantes Antofa que murieron junto con sus opresores. Sólo uno alcanzó a alzar sus manos rogando el perdón a sus coléricos dioses, pero el conjuro estaba hecho y tenía que ser finalizado.

Para mostrar el poder de su castigo dejaron como testimonio la mano de ese Antofa aterrorizado por la gran destrucción y mortandad que ocurría ante sus ojos.

Con el tiempo el sol abrasador del día, la gelidez de la noche y lo abrasivo de la arena arrastrada por el fuerte viento transformaron la mano del Antofa en material sólido, sin vida, como todo lo que existe a su alrededor.

Sólo quedó la infinita Vía Láctea que la ilumina por las noches recibiendo sus inútiles rogativas.

ETTORE